

La derrota que acercó la Guerra

POR ÍÑIGO CONTRERAS T
 ESCRITOR, POETA Y ENSAYISTA

Antes de convertirse en símbolo, la Guerra del Pacífico fue una guerra lejana; no solo por la distancia física que separaba al Chile central de los territorios donde comenzaron los primeros movimientos militares, sino porque aún no había entrado del todo en la imaginación emocional del país. Era una guerra de mapas, de límites, de salitre, de tratados incumplidos, de intereses económicos y decisiones diplomáticas que, para muchos, podían sentirse ajenas, casi abstractas.

Se combatía lejos, en el norte árido, en territorios que no formaban parte de la vida cotidiana de la mayoría de los chilenos. Antofagasta, Calama, Tarapacá, Iquique, Tacna o Arica eran nombres que aparecían en los mapas, en las conversaciones políticas o en la prensa; pero que para buena parte del país seguían siendo lugares remotos. La guerra todavía no tenía rostro, ni una escena capaz de resumirla, ni una imagen que permitiera decir: esto también nos pertenece.

PORQUE ANTES DE LA ÉPICA ESTUVO EL DESIERTO

Y el desierto no concede romanticismo fácilmente. Allí no había gloria limpia ni marcha cómoda; había arena, sol duro durante el día, frío cortante por la noche, sed, aislamiento, escasez de leña, dificultad para cocinar, problemas de comunicación y una logística compleja para mover hombres, animales, armas, alimentos y esperanza. La guerra, mirada desde cerca, era mucho menos brillante que los discursos posteriores: era cansancio, espera, distancia y el esfuerzo de sostener una campaña en un territorio que parecía resistirse incluso antes de que apareciera el enemigo.

Tal vez por eso, al inicio, la Guerra del Pacífico podía sentirse como una causa importante para el Estado, para los empresarios, para los militares y para quienes seguían con atención el conflicto, pero no necesariamente como una experiencia íntima para todo un país. El conflicto existía, avanzaba y preocupaba; aun así, todavía no había logrado tocar una fibra común. Faltaba un hecho que rompiera la distancia, una escena que convirtiera la guerra en emoción colectiva.

ESE DÍA LLEGÓ EL 21 DE MAYO DE 1879, AUNQUE NO LLEGÓ DE LA MANERA MÁS OBVIA.

La historia de esa jornada tiene una paradoja que muchas veces se pierde entre ceremonias y discursos: ese día Chile vivió dos

combates navales. En Punta Gruesa, la Covadonga, al mando de Carlos Condell, logró una victoria importante frente a la Independencia peruana. Fue una acción hábil, audaz y decisiva; desde el punto de vista militar, allí hubo un triunfo chileno claro.

Sin embargo, la memoria nacional no quedó marcada principalmente por esa victoria. La imagen que atravesó el tiempo no fue la del barco que venció, sino la del barco que se hundió.

En Iquique, la Esmeralda enfrentó al Huáscar. De un lado estaba una vieja corbeta chilena, limitada, frágil, casi anacrónica frente al poder de su adversario; del otro, un monitor peruano más moderno, blindado y comandado por Miguel Grau, uno de los grandes marinos de su tiempo. La diferencia material era evidente. La escena no tenía la simetría de los grandes duelos ni era un enfrentamiento entre iguales; era, más bien, el choque entre una nave que resistía con lo que tenía y otra que representaba una fuerza superior.

Arturo Prat Chacón estaba allí, al mando de la Esmeralda. Pero antes de ser estatua, antes de ser nombre de avenida y antes de ser retrato en las salas de clases, era un hombre: un oficial de marina, un abogado, un esposo, un padre, un chileno enfrentado a una circunstancia extrema. La historia suele convertir a sus héroes en figuras de bronce, pero los momentos decisivos no ocurren en el bronce; ocurren en la incertidumbre, en el ruido, en el miedo posible y en el deber, cuando todavía no se sabe cómo será contado después.

PRAT NO ESTABA ACTUANDO PARA LA POSTERIDAD

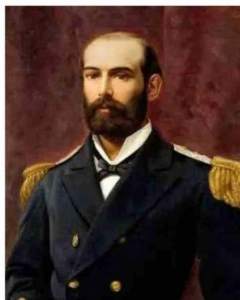
No podía saber que su nombre terminaría unido para siempre al calendario cívico chileno, ni que su salto al abordaje del Huáscar sería repetido durante generaciones, ni que su muerte iba a cambiar la temperatura emocional de una guerra. Lo que tenía frente a sí era mucho más concreto: una nave inferior, una tripulación expectante, un enemigo poderoso y una decisión que no admitía comodidad.

La Esmeralda resistió, y esa resistencia fue, quizá, más importante que el resultado militar inmediato. Porque hay derrotas que terminan cuando cae el último hombre, y hay derrotas que siguen hablando mucho

después de ocurridas. Iquique pertenece a esta segunda clase: la Esmeralda se hundió, pero no se hundió lo que esa escena empezó a significar.

La muerte de Prat convirtió una pérdida naval en una victoria moral; no porque la derrota dejara de ser derrota, ni porque el dolor pudiera maquillarse con palabras solemnes, sino porque el país vio en esa acción una forma concreta de coraje. No un coraje abstracto, no una frase hecha ni una consigna repetida, sino la imagen de alguien que cumple su deber incluso cuando el resultado parece escrito de antemano.

Ese es el centro de la crónica de Prat: no que la muerte sea deseable, ni que la guerra sea hermosa, ni que el sacrificio deba repetirse como una fórmula vacía. Lo que conmueve es otra cosa: la coherencia entre lo que se cree y lo que se hace en el instante más difícil; la capacidad de permanecer cuando sería comprensible retroceder; la dignidad de una decisión tomada sin garantía de triunfo.



AHÍ LA GUERRA CAMBIÓ DE LUGAR

Hasta entonces, podía ser vista como una campaña distante, áspera, casi ajena para quienes vivían lejos del teatro de operaciones. Después de Iquique, la guerra entró en las casas, en la prensa, en las conversaciones, en las escuelas, en los discursos y en la memoria. Ya no era solo un conflicto por territorios, salitre o influencia regional; era también la historia de una corbeta vieja, de una tripulación que resistió y de un capitán que, al morir, pareció entregarle al país una razón emocional para seguir.

CHILE GANÓ EN PUNTA GRUESA, PERO SE RECONOCIÓ EN IQUIQUE

Esa frase puede parecer injusta con la victoria de Condell, que fue valiosa y merece su propio lugar; pero ayuda a entender el modo en que funciona la memoria de los pueblos. Las naciones no recuerdan únicamente lo que les resulta conveniente desde el punto de vista militar: recuerdan aquello que logra explicarles algo sobre sí mismas. A veces es una victoria; a veces es una pérdida; a veces es una escena breve, casi imposible, que condensa una idea de carácter.

El 21 de mayo hizo eso: transformó la distancia en pertenencia. Lo que parecía ocurrir en un norte remoto comenzó a sentirse en el centro emocional del país.

Políticos, militares, familias, trabajadores, estudiantes y ciudadanos de distintas clases sociales encontraron en Prat una figura común. No todos habrán entendido la guerra de la misma manera, ni habrán tenido los mismos intereses o las mismas convicciones; pero la imagen de la Esmeralda y de su capitán permitió ordenar el sentimiento colectivo alrededor de una causa compartida.

En ese sentido, Prat no solo fue importante por lo que hizo en el combate; fue importante también por lo que ocurrió después con su gesto. Su acción fue recogida, narrada, repetida y convertida en ejemplo. Con el tiempo, la historia lo llevó al lugar de los héroes nacionales, pero la fuerza de su figura no nació solo de la ceremonia posterior. Nació de una escena difícil de olvidar: un hombre frente a una fuerza superior, una nave vieja frente a un enemigo más poderoso, una bandera que no quiso bajar y una derrota que no logró sentirse completamente derrotada.

Esa es la razón por la que el relato sigue vivo. No porque Chile necesite repetir eternamente una épica sin preguntas, sino porque en esa jornada se instaló una pregunta más profunda: ¿qué sostiene a una comunidad cuando el triunfo no está asegurado? La respuesta que ofreció Iquique no fue técnica ni estratégica; fue moral. Lo que sostiene a un país, a veces, es la convicción de que hay actos que valen por el ejemplo que dejan, incluso cuando no cambian de inmediato el resultado de una batalla.

PORESO LA HISTORIA DE PRAT DEBE CONTARSE CON CUIDADO

Si se la cuenta solo como hazaña patriótica, puede volverse lejana, rígida, casi escalar; si se la cuenta solo como tragedia, se pierde la dimensión colectiva que tuvo. Pero si se la mira como el momento en que una guerra distante se volvió íntima, entonces recupera su fuerza original.

Antes del 21 de mayo, la Guerra del Pacífico era una campaña hecha de salitre, mapas y desierto. Después de Iquique, se volvió una causa emocional. Chile no encontró su primer gran impulso en una victoria, sino en una pérdida: la de una vieja corbeta, un capitán improbable y una bandera que no se quiso arriar.

Tal vez por eso, cada vez que vuelve mayo, no se recuerda únicamente un combate naval; se recuerda el instante en que una nación miró hacia el norte, vio hundirse una nave y sintió que algo, en vez de terminar, acababa de comenzar.